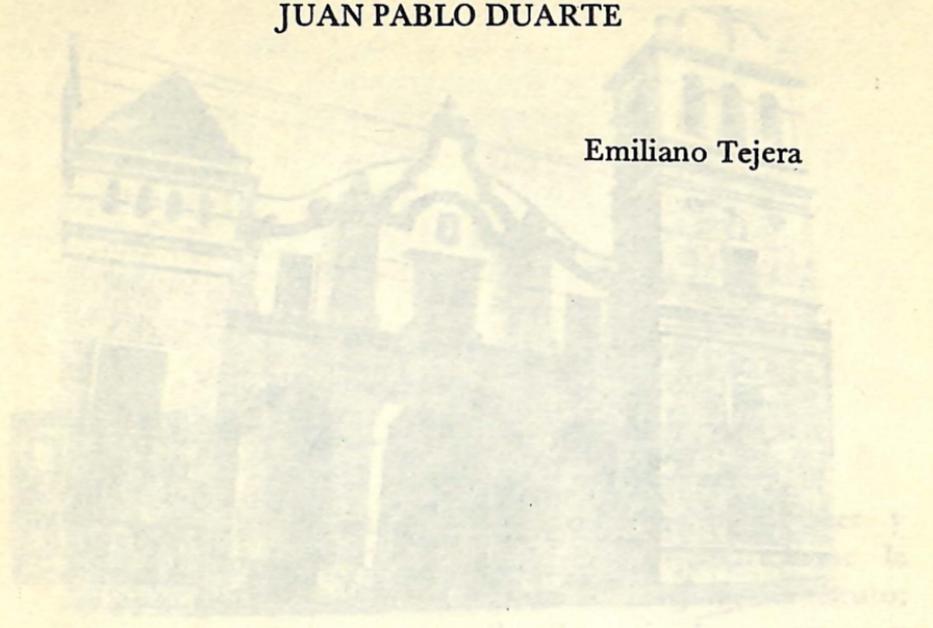
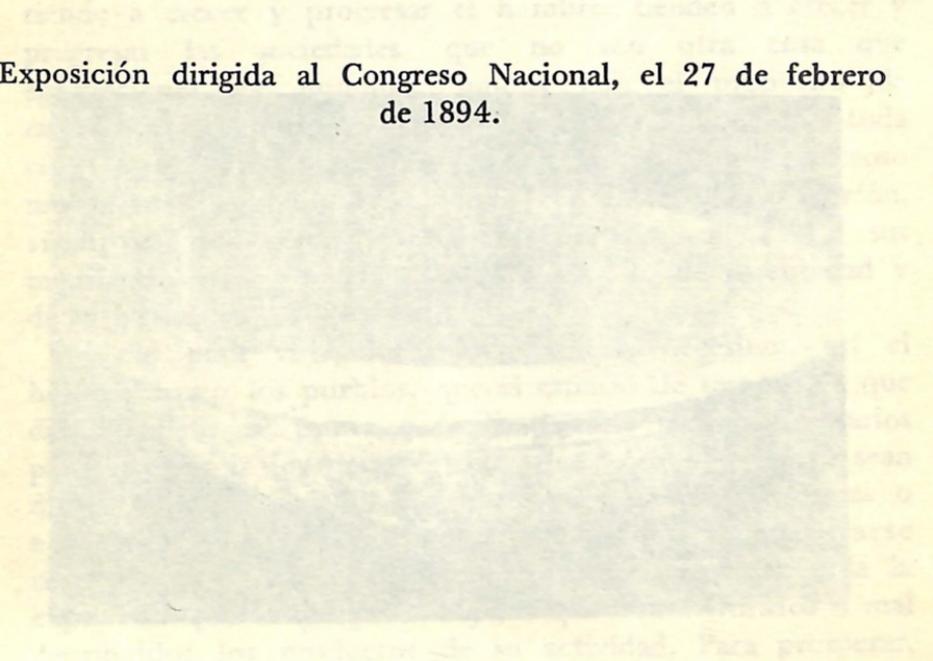


JUAN PABLO DUARTE

Emiliano Tejera



Exposición dirigida al Congreso Nacional, el 27 de febrero
de 1894.





Iglesia de Santa Bárbara, donde Juan Pablo Duarte fue bautizado, y su pila bautismal.



La ley natural de todo organismo crecer y progresar. Tiende a crecer y desarrollarse la planta; tiende a crecer y mejorar el bruto; tiende a crecer y progresar el hombre; tienden a crecer y progresar las sociedades, que no son otra cosa que agrupaciones de hombres, unidos con el propósito de cumplir esa ley de progreso, mediante los beneficios de toda clase que, a fuertes y débiles, proporciona el poderoso medio de la reunión de esfuerzos comunes, o la asociación, siempre que ésta se halle vivificada en todas sus manifestaciones, por los eternos principios de la equidad y de la justicia.

Pero para vivir, crecer y mejorar, necesitan, así el hombre como los pueblos, que el espacio de terreno en que deben existir se preste a facilitarles los medios necesarios para cumplir la ley del progreso, y que esos medios no sean disminuidos o anulados por fuerzas absorbentes propias o extrañas. Podrá vivir, pero no desarrollarse convenientemente, el pueblo que no pueda tener toda la expansión que su progreso exija, o que vea mermados o mal distribuidos los productos de su actividad. Para prosperar,

tanto los individuos como las sociedades, necesitan ser inteligentes, instruidos, trabajadores y morales, y además, independientes, libres y bien gobernados.

Los hombres se vanaglorian a menudo del estado de su civilización; pero los hechos demuestran que hombres y gobiernos obedecen con gran frecuencia al egoísmo, que es la ley del animal, menospreciando o no acatando el derecho, que es la ley del ser racional. Muchos siglos transcurrirán antes de que el débil, el bárbaro y el ignorante encuentren un escudo eficaz para su derecho en la conciencia del fuerte, armado e irresponsable.

Los dominicanos —entendiendo por este nombre los habitantes de la parte española de Santo Domingo— estuvieron por siglos bajo el dominio de la noble nación que enlazó el Nuevo Mundo con el Antiguo. Más bien que vivir, vegetaban; pero vegetaban contentos, porque el gobierno era paternal, y todos, gobernantes y gobernados, libres y esclavos, formaban casi una familia. España daba de corazón a su colonia lo que a su juicio era mejor, y Santo Domingo no parecía echar de menos ni aun siquiera la libertad comercial, pedida desde los comienzos de la conquista, y que probablemente habría variado a la larga las condiciones de su existencia social y política. Así se vegetó por siglos entre peripecias de todo género.

Un día, el 1o. de diciembre de 1821, se proclamó la separación de la parte española de Santo Domingo y su reunión a Colombia. El paso era muy aventurado. Escasa la población —apenas 80,000 habitantes—; mermada la riqueza pública; nulas las rentas; insignificante el comercio; vacilante o contraria la opinión pública, arraigada a sus antiguos hábitos ¿cómo iba a sostenerse la naciente entidad política, sin un solo ejército, contra un vecino diez veces más numeroso, organizado, aguerrido, provisto de recursos de todo género, aguijoneado por el vivo deseo de adueñarse por completo del territorio de la Isla, y ensoberbecido con los recientes triunfos que produjeron la unidad haitiana? Son hasta ahora un secreto para la historia las causas que

impulsaron a Don José Núñez de Cáceres a separar a su país de España en momentos tan expuestos; aunque se nota que había comprendido los peligros de la empresa en el hecho de no proclamar la independencia absoluta—que tal vez era su anhelo— y sí, la unión a Colombia, que le ofrecía más probabilidades de éxito. Pero ¿podía él contar realmente con el asentimiento y los recursos de Colombia? ¿Podrían llegarle a tiempo para sostener su obra? Los hechos destruyeron su esperanza, si la fundaba en semejantes bases. Boyer, que espía el momento oportuno para caer sobre su presa, esparció sus agentes por todas partes, y sin más espera, y desdeñando sabios consejos que le fueron dados por un previsor estadista haitiano, invadió el país, dominándolo a poco a poco a favor de dos cuerpos de tropa numerosos, que entraron por las fronteras del Norte y del Sud. Setenta días después de proclamada la unión a Colombia, el ejército de Haití ocupaba las fortalezas de Santo Domingo, y sus hijos tenían que agregar al dolor de verse sometidos a odiosos extranjeros, el que les causaba el sarcasmo de oír calificar de voluntaria y solicitada esa unión, que el país entero rechazaba, y que sólo algunos pocos esclavos habrían quizás deseado entre las amarguras de su triste condición.

Veinte y dos años gimió el dominicano en la dura servidumbre. ¿Qué ocurrió en ese tiempo? ¿Qué pasos se dieron en la vía del progreso? ¿Qué otro beneficio, fuera de la redención de los esclavos, se derivó de acontecimiento tan trascendental?

¡Ah! contrista el ánimo el solo recuerdo de época tan luctuosa. ¡Cuánto horror! ¡Cuánta ruina! ¡Cuánta amargura devorada en las soledades del hogar! ¡Nunca la elegía animada por intenso y legítimo dolor, produjo quejas más lastimeras que las exhaladas por las madres dominicanas en sus eternas horas de angustia! Pena causaba el nacimiento del niño, pena verlo crecer. ¿Para qué la hermosura de la virgen, sino para que fuera más codiciada por el bárbaro dominador? ¿Para qué el fuerte brazo del

varón, si no iba a servirle sino para sostener el arma, que debía elevar en las civiles contiendas, no al más hábil ni al más liberal, sino al mejor representante de las preocupaciones populares de raza? ¿Para qué la inteligencia del joven, sino para hacerle comprender en toda su fuerza la intensidad de su degradación? ¡Qué dolor el del padre al despedirse de la vida, dejando a sus hijos en aquel mar sin orillas, más sombrío y pavoroso que los antros infernales del adusto poeta florentino! ¡Nada grande, nada útil quedaba! Las enredaderas silvestres crecían a su antojo donde antes el cafeto doblaba sus ramas al peso de las rojas bayas, o donde el prolífico cacao encerraba en urnas de oro o púrpura el manjar de los dioses. El grito de los mochuelos interrumpía el silencio de los claustros, que habían resonado un día con los viriles acentos de los Córdoba, Las Casas y Montesinos, y la araña cubría de cortinas polvorientas la cátedra de los sabios profesores que con su ciencia habían conquistado para su patria el honroso calificativo de Atenas del Nuevo Mundo. Los templos iban convirtiéndose en ruinas, o en cuarteles de los sectarios del Vodoux, y los conventos eran morada de lagartos y lechuzas. La Iglesia, oprimida en Occidente por la autoridad civil, no podía llenar con entera libertad su misión civilizadora, y los buenos pastores, o tomaban el bordón del peregrino, o debían resignarse, por amor a sus feligreses, a soportar prácticas sociales contrarias a las buenas costumbres antiguas. Las familias pudientes huían de Santo Domingo como se huía antes de Sodoma y Gomorra, y con ellas los capitales, el saber, la ilustración, las prácticas agrícolas. Las confiscaciones legales hacían bambolear el derecho de propiedad, y se preveía la llegada del momento en que el color fuese una sentencia de muerte, y el nacimiento en el país un crimen imperdonable. ¡Y esa situación la soportaban los descendientes de los conquistadores de América! ¡Los que habían vencido a los franceses en cien combates! ¡Los que rechazaron virilmente los ataques de Penn y Venables! ¡A qué abismo se había descendido! ¡Esclavos de los,

sucesores de Cristóbal y Dessalines, cuando antes, en mar y tierra, los dominicanos habían paseado enhiesto el pabellón de la victoria, y su sangre había corrido a torrentes, para que la tierra que cubriese sus restos no fuese profanada por la sombra de una bandera extraña!

Pero es una noble raza la viril raza española, la de entidades más individualistas entre todas las que existen en el globo. Cuando se levanta airada contra la opresión, si su tirano es omnipotente podrá cavarle tumbas; pero imponerle cadenas, jamás. ¡Ah! si como está poseída del sentimiento de su libertad individual, estuviera poseída del respeto que debe tener a la de los demás, y de que, fuera de casos extremos, el derecho no debe sostenerse sino con el derecho, y no con la fuerza ¡qué gran raza sería! Los pueblos que tienen siquiera una gota de esa sangre generosa no han nacido para la esclavitud. El dominicano es el hijo primogénito de los conquistadores de América, y no le extrañan las heroicidades de Sagunto y de Numancia. Pueblo igual no puede ser esclavo para siempre.

Así lo comprendió Juan Pablo Duarte, al pisar en 1834, de regreso de Europa, las playas de la patria —de la patria no, porque entonces no tenía patria el dominicano— del suelo esclavizado en donde perecían entre las torturas del cuerpo y del espíritu sus infelices conterráneos. Pero en aquella raza había fermento de héroes; en aquella tierra virgen, que recordaba la antigua Grecia, vasto campo para la actividad de un pueblo civilizado; en las ruinas, en los recuerdos, en la historia, mil excitantes enérgicos con que enardecer el espíritu público y convertir los esclavos en ciudadanos. ¡La cuna de América destinada a ser un jirón de África! ¡Cuánto dolor para su ilustre Descubridor! ¡Cuánta afrenta para la España! ¡Y ellos, los descendientes de Colón, de Garay, de Ojeda, de Oviedo, soportarían con vida esa ignominia, cuando ocho siglos de lucha contra otra imposición africana, les mostraban, a la vez que la senda gloriosa, las palmas inmortales que el destino concede a la virilidad y al heroísmo!

Duarte aspiró a plenos pulmones el aire de la patria, y por los póros de su cuerpo se infiltraron sus sentimientos, sus dolores, sus aspiraciones. Hubo unificación íntima, absoluta, entre él y aquella patria adorada. Lamentó con el hacendado la ruina de la finca paterna, obra de años de laboriosos esfuerzos; lloró con la madre, que al recibir en sus brazos al fruto de sus entrañas, lo bañaba con sus lágrimas, sabiendo que ese pedazo de su alma era sólo un esclavo y una preocupación más; compartió las angustias del padre, a quien desvelaban el desquiciamiento de la familia, el incierto y tal vez deshonoroso porvenir de la hija, y el cierto y vergonzoso destino del hijo, y hasta se enorgulleció con el antiguo esclavo dominicano que, sintiéndose superior en todo a su dominador exótico, sufría con impaciencia su dominio, y anhelaba el momento de probarle que en la tierra dominicana no había división de castas ni de condiciones, y que todos sus moradores, formaban una sola familia, unida por la religión y el amor, y dispuesta a confundir sus esfuerzos y su sangre en las luchas gloriosas por la libertad.

Desde ese momento el destino de Duarte quedó fijado para siempre. Todo por la patria y para la patria. ¡Nombre, juventud, fortuna, esperanzas, cuanto era, cuanto podía ser, todo lo ofrendó en aras de la tierra de su amor! Las grandes causas necesitan grandes sacrificios, y él, puro y justo, se ofreció como víctima propiciatoria. Amor de madre, cariño de hermanas, afectos juveniles tan caros al corazón, ilusiones de perpetuidad cimentadas en un heredero de nuestra sangre, y de nuestras virtudes ialejaos, alejaos para siempre! El destino es inexorable, y el sacrificio se consumará. El entendimiento como que vislumbra a veces la razón de estos hechos, al parecer llenos de injusticia; pero el corazón, que no discurre, se acongoja fuertemente, al encontrar que la base de toda obra perdurable es el cadáver de un justo, que no participó en las prevaricaciones pasadas, ni gozará en los festines venideros. ¿Por qué la Independencia necesitó el sacrificio de un Duarte? ¿Por qué la Restauración el

sacrificio de un Sánchez?

Pero a lo lejos brillaba la esperanza. Los errores de Boyer comenzaban a producir sus naturales frutos, y Duarte, que deseaba utilizar en beneficio de su patria la conmoción social esperada, se dio a trabajar con toda la energía de su inquebrantable voluntad. Amistades, relaciones, conciudadanía, todo lo aprovechó en bien de su empresa. Excitó a los indolentes, animó a los tibios, templó a los fogosos, convenció a los errados, y pronto tuvo el placer de notar que la Patria tenía campeones decididos, y que no era un sueño su esperanza de redimirla. La juventud, sobre todo, correspondió a su anhelo, y el 16 de julio de 1838 vio nacer "La Trinitaria", grupo de apóstoles que debían propagar las doctrinas del maestro y mantener siempre encendida la antorcha del patriotismo. Los nombres de sus primeros miembros son: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandro Pina, Jacinto de la Concha, Félix María Ruiz, José María Serra, Benito González, Felipe Alfau y Juan Nepomuceno Ravelo. Todos firmaron con su sangre el juramento de morir o hacer libre la tierra de sus antepasados.

Entre las decisiones más importantes de la "Trinitaria", unas tomadas en el comienzo de su existencia y otras más tarde, figuran el nombramiento de Duarte como General en Jefe de los Ejércitos de la República y Director general de la Revolución, y los de Pina, Pérez, Sánchez y Mella como Coroneles de los mismos Ejércitos. Estos fueron los únicos grados militares concedidos por la "Trinitaria": los demás, hasta la creación de la Junta Central, los hizo Duarte, en uso de sus facultades como Jefe de la Revolución.

Los antiguos paladines tenían un lema que sintetizaba sus ideales. Duarte, paladín del derecho, tenía también el suyo, que sintetizaba sus propósitos, y que transmitió íntegro a la futura República: "Patria" y "Libertad". Pero como la lucha que se iba a sostener era tan desigual, conocidas las fuerzas y la organización del dominador, era preciso buscar en una fuerza moral la compensación que no

existía en las materiales. Duarte la encontró en Dios, fuente de justicia y de derecho, y al cual creyó desde luego de su parte, por ser tan santa la causa que sustentaba. No se engañó en esta apreciación, que tenía fundamento sólido en el espíritu religioso de sus compatriotas. El lema de la República Dominicana fue: “Dios”, “Patria” y “Libertad”, y era tanta su influencia, que los primeros campeones de la República invocaban a Dios al comenzar las batallas, creyendo con esto asegurado el triunfo, y con el nombre de Dios en los labios morían, si la suerte los había destinado a perecer en los combates.

Respira decisión y profundo amor cívico el juramento de los “trinitarios”, ideado por Duarte y firmado con sangre: “En el nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente, juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la Separación definitiva del gobierno haitiano, y a implantar una República libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor, en cuartos encarnados y azules, atravesados con una cruz blanca. Mientras tanto, seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales: “Dios”, “Patria” y “Libertad”. Así lo prometo ante Dios y el mundo: si lo hago, Dios me proteja, y de no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición, si los vendo”.

El principio racional de la fusión de las razas, que será la salvación de la América tropical, dotándola con una población apropiada a sus necesidades, encontró en Duarte un intérprete fiel, cuando ideó el pabellón dominicano. Dessalines no quería que el elemento blanco entrase en la composición de la nacionalidad haitiana. Duarte lo hizo figurar en la constitución de la dominicana, como elemento civilizador y lazo de unión respecto de los pueblos hispano-americanos y de los demás civilizados del globo. La bandera dominicana puede cobijar a todas las razas: no

excluye ni le da predominio a ninguna. Bajo su sombra todas pueden crecer, fundirse, prosperar.

Sin instrucción no hay ciudadanos verdaderamente libres. Duarte trató de que sus compañeros se elevasen a la altura del destino que estaban llamados a cumplir, y en esta tarea fue ayudado eficazmente por el Presbítero Don Gaspar Hernández, peruano instruido, que continuó la obra de los Cruzados, Moscosos, Valverdes y Cigaranes. También los hizo ejercitarse en las artes de la guerra, para que luchasen sin desventaja con el enemigo que tenían que combatir. A pocos permitió la suerte medir sus armas con los haitianos; pero entre ellos sobresalieron algunos como militares, sobre todo Mella, que en la tarde de su vida, formuló en una circular memorable el plan de guerra que permitió a los dominicanos combatir con éxito en la guerra de la Restauración.

Duarte y sus compañeros no se dieron tregua en sus trabajos de propaganda, y al expirar el año de 1842 los adeptos eran numerosos y de valía. Sánchez, los Mellas, Duvergé, los Jiménez, los Conchas, Imbert, Salcedo, los Castillos, los Santanas, Espinosa, los Valverdes, Acosta, los Ramírez, Carrasco, Peña, los Pichardos, Soñé, Tabera, Alvarez, Sosa, Roca, Sandoval, los Contreras, Galván, Lluberes, los Breas, Delmonte, los Bonillas, Perdomo, Rijo, Linares, Abreu, Santamaría, Leguisamón, Regalado, y cien y cien otros, que sería prolijo enumerar, habían sido iniciados en la idea redentora, y a su vez la propagaban con ardor. Teatro, asociaciones benéficas, romerías, fiestas campestres y urbanas, trabajos agrícolas... todo se había utilizado como medio a propósito para unificar voluntades y encaminarlas a la redención de la Patria. El clero era propicio y trabajaba con ardor; las damas emulaban las varoniles matronas de Esparta, y una pléyade de jóvenes, sedientos de gloria, ansiaban por el momento en que, a la voz del jefe amado, debían destrozarse cadenas tan pesadas e ignominiosas. De Oriente a Poniente, de Mediodía a Setentrion corría aire de entusiasmo y libertad, que enardeciendo la sangre juvenil,

hacían parecer actos cotidianos la decisión de Daoiz y Velarde y el sacrificio sublime de Ricaurte.

Para fines del 42 estaban prestas al combate las fuerzas que debían derribar el gobierno estacionado de Boyer. Duarte y sus compañeros, siempre activos y en acecho trataron de aprovechar esta oportunidad para el progreso de su obra, y se unieron con los liberales haitianos o "reformistas", que eran los que deseaban variar el estado de cosas existente. Ramón Mella había sido enviado por Duarte a Los Cayos, para entenderse con los reformistas y combinar el movimiento que debía efectuarse en la parte española, luego que la haitiana enarbolase el estandarte de la insurrección. Los reformistas comprendieron la importancia que tendría un alzamiento general del país para derribar el arraigado poder de Boyer, y convinieron con el Comisionado dominicano en ponerlo en relaciones íntimas con los amigos que tenían en la parte española, y en los beneficios que ésta debía obtener por su cooperación en la obra revolucionaria. Con la unión a los liberales se obtenían varios beneficios: facilidades para reunirse sin inspirar sospechas; conocimiento exacto de las opiniones en juego, y quizá, si las cosas llegaban al terreno de la guerra, adquisición de armas y formación de cuerpos de tropas amigas, utilísimas en lo adelante. Un solo peligro corrían: que el partido reformista triunfante no cumpliera sus promesas, y esto aplazase la Separación dominicana. Pero ¿ignoraban ellos acaso que los partidos de oposición tienen cien bocas para ofrecer y adueñados del mando, sólo una voluntad inactiva para cumplir?

El año 1843 fue fecundo en acontecimientos políticos. La revolución que a principios de él estalló en Los Cayos, acogiendo el manifiesto de Praslin, tuvo fuerza bastante para obligar a Boyer a deponer el mando el 13 de marzo del mismo año. Once días después, el 24, aún luchaba el General Carrié en Santo Domingo, tratando de contener el movimiento de los reformistas, entre los cuales figuraban como elemento importante Duarte y sus compañeros, que

con habilidad suma habían logrado que los dominicanos secundaran el pronunciamiento de la Parte haitiana. Al fin, el General Carrié capituló el 26 de marzo, y una Junta Popular de cinco individuos, (Duarte, Jiménez, Pina, Alcuis Ponthieux y M. Morin) en su mayoría dominicanos, vino a dirigir los asuntos públicos, en unión de la autoridad militar, confiada a un reformista.

En 7 de abril de 1843 recibió Duarte de la Junta Popular de Santo Domingo el encargo de instalar y regularizar las Juntas Populares del Este de la Parte Española. No fue desaprovechada esta oportunidad, y las Juntas fueron compuestas en gran parte de elementos favorables a la Revolución dominicana. En este viaje se puso Duarte en relaciones íntimas con el patriota Ramón Santana, a quien poco después dio el grado de Coronel, habiendo logrado atraerlo por completo a sus miras de independizar el país, sin la ayuda de un poder extranjero. Ramón Santana, con el desinterés característico entonces de los verdaderos patriotas, rogó a Duarte diese el nombramiento de Coronel a su hermano Pedro, que él se conformaba con servir bajo sus órdenes. Duarte no pudo menos de complacer al patriota seibano, cuyo desprendimiento y rectas miras sabía tan bien apreciar.

La lucha entre el elemento dominicano y el elemento haitiano se perfiló entonces, pues éste quería aprovecharse exclusivamente de los beneficios de la Reforma, en tanto que aquél deseaba utilizarlos para sus propósitos de independencia. Para este tiempo contaban los duartistas con el valioso contingente de los Puellos, Parmantier y otros, a quienes el honor militar retenía en las filas haitianas, y a los que la Reforma arrojó en el puesto glorioso que la Providencia les tenía destinado. Duarte invitó entonces a una reunión en casa de su tío, Don José Díez, a los habitantes más notables de la Capital, con el objeto de unificarlos en el pensamiento de la Separación, y decidirlos a efectuarla cuanto antes. La mayoría, sobre todo la juventud, correspondió entusiastamente a su propósito; pero encontró

tibieza y aun oposición en algunos, debida en parte a miras egoístas, y en parte a los temores que les inspiraba el fracaso de la tentativa de Don José Núñez de Cáceres. Pudo él comprobar a la vez la existencia de un tercer partido, que queriendo como el suyo la Separación de Haití, no se atrevía a efectuarla, sino con el apoyo de una potencia extranjera. Este partido recibió más tarde de los duartistas el calificativo de “afrancesado”.

Cada partido creía tener razones poderosas en que fundar sus determinaciones. ¡Las de los tibios u opositores, que recibieron el nombre de “haitianizados”, eran puramente egoístas y personales, y por tanto condenables por la historia. Como ellos no sentían la pesadumbre de la exótica dominación, poco o ningún deseo tenían de que desapareciera, sin darse cuenta de que querer la continuación del dominio de Haití sobre la parte dominicana era querer la completa destrucción de ésta, máxime si los acontecimientos políticos llevaban al poder al elemento que había predominado con Cristóbal y Dessalines.

Los afrancesados —entre los cuales había más adictos a España que a Francia— se preguntaban a su vez con qué recursos iban a sostener los duartistas o independientes puros la nacionalidad que intentaban crear, y hasta dudaban de que llegara a existir, si no se contaba con un apoyo extranjero. Este apoyo, en forma de protectorado, lo solicitaban de España y de Francia, sin tal vez parar mientes en la compensación que por él había de exigírseles. Se ha dicho que este partido había convenido con agentes franceses en la cesión a Francia de la bahía de Samaná. Tal cargo no ha sido justificado hasta ahora con ningún documento fidedigno, y ni aún se sabe, en caso de ser fundado, si debe pesar sobre todo el partido, que más era afecto a españoles que a franceses, o sobre algunos de sus miembros más prominentes. La verdad es que este partido quería de corazón la independencia de la Patria, y que ayudó mucho a ella, tanto en Puerto Príncipe, como en la memorable jornada del 27 de Febrero, sirviéndose en esta

ocasión de la influencia del cónsul francés en Santo Domingo sobre las autoridades haitianas que gobernaban la plaza, y de la existencia, casual o intencional, de buques de guerra franceses en la costa sud de Santo Domingo. Se nota que la preocupación de los afrancesados era el fracaso de la empresa de Don José Núñez de Cáceres y el éxito desgraciado de las tentativas posteriores. No les faltaba razón en ello, y por esto no puede culpárseles. Lo que sí hizo más tarde antipático el nombre de este partido, fue que de su seno salieron varios de los individuos, que, en unión de los haitianizados, persiguieron de muerte, y con ingratitud extrema, a los duartistas o independientes puros.

En cuanto a éstos, tenían completa fe en el triunfo de la causa. Los sostenía y vivificaba el varonil espíritu de la raza española, que cree radicado el triunfo en donde sienta la planta. Para combatir a Goliat les bastaba la honda de David. Y el éxito vino a justificarlos. Lo dificultoso en su empresa era que se diese a los dominicanos el tiempo suficiente para formar una masa capaz de resistir el empuje de las fuerzas haitianas. Las circunstancias les dieron ese tiempo, y la resistencia de Tabera en la "Puente del Rodeo", y los triunfos de Santana en Azua y de Imbert en Santiago, permitieron la constitución de la República Dominicana. Pierrot y los demás enemigos de Riviere hicieron el resto.

Duarte, en vista de semejantes disidencias, se apresuró a terminar la organización del partido separatista en los diversos pueblos de la Parte Dominicana, y a dotarlo con los elementos de guerra que iba a necesitar con urgencia. El momento propicio se acercaba. La lucha por el nombramiento de las Juntas electorales que debían elegir los Representantes a la Asamblea Constituyente, y que él dirigió personalmente en la plaza de Santo Domingo, hoy plaza Duarte, le mostró con el triunfo que obtuvo sobre los demás partidos, que la opinión pública estaba a su favor; pero ese mismo triunfo alarmó a los haitianos y haitianizados, mostrándoles a las claras el hondo abismo que

tenían a sus pies. Llamóse con instancias al general Charles Hérard (Riviere), verdadero jefe entonces de Haití, porque lo era de las armas, y éste, a la cabeza de fuerzas respetables, cruzó la antigua frontera del Norte, con el propósito de sofocar, antes de nacer, a la nacionalidad que vivía ya en los corazones dominicanos.

A su paso por las ciudades del Cibao redujo a prisión a varios separatistas, entre ellos a Ramón e Ildefonso Mella, Francisco Antonio Salcedo, Manuel Castillo, Esteban de Aza, Alejo Pérez, Baltasar Paulino, los Presbíteros Peña y Puigvert, Rafael Servando Rodríguez, Manuel Morillo, Jacinto Fabelo, José María Veloz y Pedro Juan Alonso, a los cuales envió a las cárceles de Puerto Príncipe. Gozábanse los haitianos de la Capital con la suerte que iba a caberles a los promovedores de la Independencia, pero el 11 de julio, un día antes de la llegada de Riviere a Santo Domingo, se ocultaron Duarte, Juan Pérez y Pedro Pina, haciéndolo Sánchez el 12 en la noche, a su vuelta de Los Llanos, a donde había ido a desempeñar una comisión, en tanto que Pedro Pablo Bonilla, Pedro Valverde, Juan Ruiz, Narciso Sánchez, Silvano Pujol, Ignacio de Paula, Alejandro Disú Batigni y Félix Mercenario eran reducidos poco después a prisión (el 14) y con Antonio Ramírez, Nicolás Rijo, Manuel Leguisamón, Norberto Linares, Pedro y Ramón Santana, que habían tenido igual suerte en los pueblos del Este, enviados, unos por mar y otros por tierra, a las mazmorras de la ciudad de Puerto Príncipe. A la vez dispuso Riviere se trasladasen a la Parte Haitiana los regimientos 31 y 32, formados en su mayoría de jóvenes dominicanos, sustituyéndolos en esta Capital con los regimientos 12 y 28, compuestos exclusivamente de soldados del Oeste. Los haitianos, con sus medidas de represión, apresuraban los acontecimientos.

Duarte, Pérez y Pina, activamente perseguidos, pudieron salvarse de sus enemigos y embarcarse poco después para el extranjero. Pedro y Ramón Santana se escaparon en Baní, y no fueron apresados. Sánchez, a quien una grave enfermedad

retenía en el lecho del dolor, no pudo salir del país, y para salvarlo fue preciso propagar la noticia de su muerte. Pero tan pronto como este abnegado patricio pudo ocuparse de los asuntos públicos, se puso en comunicación con Duarte y sus compañeros de destierro, y activó eficazmente los preparativos para dar el grito de "Separación". El país en su gran mayoría estaba por la Independencia, y en todas las poblaciones importantes había centros revolucionarios. Sánchez, temeroso de nuevas complicaciones, deseaba dar el golpe en diciembre, "hacerlo memorable", antes de que se promulgase la nueva Constitución y se eligiese Presidente, que debía ser Charles Hérard; pero tuvo que desistir de su propósito, por la ausencia de los cuerpos de tropa dominicanos, retenidos en Puerto Príncipe, la presencia en Santo Domingo de dos regimientos haitianos, y sobre todo, por la falta de armas y municiones suficientes para las tropas que debían organizarse, tan luego como se proclamara la Independencia.

Duarte, a quien Sánchez escribió entonces, pidiéndole armas y municiones, aunque fuera "a costa de una estrella del cielo", se mostró a la altura de su patriotismo. Durante los nueve años empleados en los trabajos por la Independencia, y sobre todo en los cinco y medio transcurridos desde la fundación de "La Trinitaria", había ido gastando poco a poco su caudal, y para entonces muy poco o nada le quedaba. Pero existían bienes de la familia, procedentes de la herencia paterna, aún indivisa, y él no vaciló en sacrificar la parte que le correspondía, y en pedir a sus hermanos y hermanas sacrificasen la suya. "El único medio", les decía, "que encuentro para poder reunirme con ustedes es independizar la Patria. Para conseguirlo se necesitan recursos, supremos recursos, y cuyos recursos son: que Ustedes, de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro finado padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacén, y heredero del ilimitado crédito de nuestro padre y de sus

conocimientos en el ramo de marina, nuestros negocios mejorarán, y no tendremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria". Duarte, como Alejandro el Magno, sólo se reservaba la "esperanza"; pero el héroe macedón ceñía una corona, y tenía a sus órdenes un ejército sin rival; el patricio dominicano gemía en el destierro, y sólo contaba con el aura popular, más variable que las inquietas ondas del Océano.

En el mes de enero de 1844 fueron relevados los regimientos haitianos que guarnecían a Santo Domingo, con los dominicanos que habían sido llevados a Puerto Príncipe, habiéndose permitido desde el mes de setiembre (el 14) el regreso a sus hogares a los dominicanos presos en esta última ciudad. El 14 del mes de enero fue electo Charles Hérard, o Riviere, Presidente de Haití, y el 16 se firmaba secretamente en Santo Domingo el "Manifiesto" en que los dominicanos expresaban las causas que tenían para separarse de Haití y constituirse en República independiente. Las circunstancias eran propicias para la consumación de la obra tan deseada. Sánchez y sus compañeros enviaron emisarios a los pueblos más importantes, y se fijó el día 27 de febrero para dar el grito de Separación. O surgía de él una nacionalidad, o las cadenas de veinte y dos años quedaban remachadas por siglos.

Juan Ramírez, impulsado por Vicente Celestino Duarte, se pronunció el 26 en "Los Llanos". El 27 en la noche los coroneles trinitarios Sánchez y Mella, acompañados de un grupo de patriotas, ocuparon el "Fuerte del Conde" y proclamaron la Separación de Haití y la Constitución de la República Dominicana. Por primera vez ondeó en una fortaleza el pabellón cruzado. Cien víctores entusiastas saludaron su aparición y cuando flameando a impulsos de la brisa del mar cirmióse en los aires la blanca cruz redentora, que cubría ya tierra libre, y que parecía querer ir a redimir la esclava, cien voces, unidas en una sola voz, lanzaron el potente grito de "Dios", "Patria" y "Libertad", y un solo juramento resonó en el espacio: el de libertar la Patria o

perecer. Dios sonrió a los héroes, y la América tuvo una nacionalidad más.

La capitulación de las fuerzas haitianas en Santo Domingo acrecentó el entusiasmo de los centros revolucionarios, que uno a uno iban cumpliendo sus compromisos patrióticos. Los Santanas habían pronunciado el Seibo en la madrugada del 27. Poco después enarbolaron la bandera cruzada San Cristóbal, Baní, Azua, Moca, Macorís, y a mediados de marzo casi toda la Parte Española era independiente.

¡Qué época tan heroica la de los comienzos de la República! ¡Qué hombres! ¡Qué propósitos! ¡Cuánto desinterés! ¡Cuánta abnegación! Pero también ¡cuánta fuerza poderosa desaprovechada! ; ¡cuánto entusiasmo juvenil convertido en escepticismo y desengaños! El gobierno colonial con sus miserias y grandezas había caído bajo el peso de los años; pero el elemento egoísta, corrompido, que amargó la vida del ilustre Descubridor de la América, se mantenía siempre vigoroso, más gangrenado aún, si cabe, al pasar por los veinte y dos años de sumisión abyecta al gobierno haitiano. ¡Y fue él quien vino a predominar en la naciente República! ¡Fue él quien infiltró su virus deletéreo en nobles corazones que sin eso habrían sido antorchas de patriotismo! ¡Fue él quien convirtió glorias en vergüenza, y sustituyéndose, como espíritu nacional, al generoso y desinteresado espíritu de los febreristas, estacionó el progreso de la Patria, la dividió en bandos encarnizados, la llenó de lágrimas y de sangre, y la llevó con rubor de sus hijos, a tal extremo, que aun el descreído lucha por no ver en ello, a más de las causas naturales, la acción justiciera de la Providencia!

Pronto el bautismo de sangre demostró lo incontrastable de la resolución. El viento de la libertad aventaba los opresores, y la tierra dominicana se desceñía rápidamente las ataduras de la ignominia. La "Puente del Rodeo", "Azua" y "Santiago" vieron la espalda de los enemigos, y el himno de victoria resonó del Atlántico al

Caribe. Ya el dominicano no tendría que bajar los ojos y sentir la sangre en las mejillas al encontrarse en presencia de un hombre libre.

Duarte, llamado inmediatamente por la Junta Central que gobernaba el país, voló a ocupar el puesto que le indicaba el deber. Al fin llegó a su ciudad natal, antes esclava, hoy señora de su suerte. ¿Quién puede medir la intensidad de su gozo, cuando desde el lejano horizonte divisó la bandera cruzada, meciéndose orgullosa sobre el torreón del "Homenaje", antes baluarte de la opresión? Su sueño estaba realizado: había Patria. ¿Habría libertad? ¡Ah! La libertad social completa es fruto tardío, producto del consorcio, nunca realizado, siempre en esponsales, entre la instrucción y la moralidad. Mezcla el hombre de ángel y de bestia, será libre cuando la bestia se transforme, y el ángel domine solo, animado por el derecho y lleno de toda ciencia. ¡Cuándo será!

Mas para Duarte había Patria, y la Patria era libre: tenía independencia. En lo adelante se daría sus leyes; explotaría sus veneros de riqueza; abriría sus puertos al comercio de todo el globo; permitiría la inmigración a todas las razas. Amplísimo espacio tenía, como concedido por benéficas hadas tropicales. Bosques inmensos poblados de riquezas; prados siempre verdes; montañas que competían en fertilidad con los valles más afamados; ríos y arroyos para eternizar la verdura; dos mares besando sus costas, con bahías codiciadas en todo el orbe; sol amoroso que con su hálito de fuego renovaba en todas partes la vida; vientos amigos que llevaban en sus alas el aliento del Océano, para convertirlo en benéficas lluvias, y ni una fiera, ni un reptil venenoso... ¿Qué más podía hacer la naturaleza? Lo demás era obra del hombre, y el hombre era ya libre e independiente. Su dicha o su desdicha estaban en sus manos.

Fue un día de triunfo la llegada de Duarte a su Patria. Las ventanas y puertas de las casas se iluminaron al saberse que el buque que había ido a buscarlo a Curazao, por orden del Gobierno, estaba en el puerto, y el día siguiente, 15 de

marzo, fijado para el desembarque, las calles se poblaron de banderas de todas las naciones, predominando la dominicana, como un homenaje al que la había hecho emblema de una nacionalidad. Una comisión de la Junta Central bajó al muelle para recibirlo, y con ella el Prelado y todos los sacerdotes que había en la Capital. Las tropas, formadas en línea, esperaban su llegada, y al poner el pie en tierra, el cañón lo saludó como si hubiera sido el jefe de la República. El Prelado lo abrazó cordialmente, diciéndole: “¡Salve, Padre de la Patria!” El Pueblo en masa lo victoreaba, y al llegar a la Plaza de Armas, tanto él como el Ejército, lo proclamaron General en Jefe de los Ejércitos de la República, título que no aceptó, por existir un Gobierno a quien le correspondía discernir las recompensas a que se hicieran acreedores los servidores de la Patria. Del Palacio de Gobierno, a donde fue a ofrecer sus servicios a la Junta Central, se dirigió a su casa, llevado en triunfo por el pueblo y el ejército, y allí, Sánchez, con aplauso de todos, y con su genial franqueza, colocó él mismo banderas blancas en todas las ventanas, diciendo con su estentórea voz: “hoy no hay luto en esta casa: no puede haberlo. La Patria está de plácemes: viste de gala, y Don Juan mismo” (el padre de Duarte) “desde el cielo bendice y se goza en tan fausto día”. El Presbítero Don José Antonio Bonilla, al ver que la anciana madre de Duarte lloraba, recordando su recién perdido esposo, le dijo: “los goces no pueden ser completos en la tierra. Si su esposo viviera, el día de hoy sería para Ud. un día de júbilo que sólo se puede disfrutar en el cielo. ¡Dichosa la madre que ha podido dar a su Patria un hijo que tanto la honra!”.

El mismo día 15 la Junta Central Gubernativa dio a Duarte un puesto en su seno, y le nombró Comandante del Departamento de Santo Domingo. Duarte, henchido de esperanzas, se preparó para ir a combatir el enemigo, que persistía en su proyecto de reducir a nueva esclavitud la naciente República. ¡Qué lejos estaba de pensar que ya había llegado a la cumbre de su Tabor, y que lo que se

figuraba celajes de gloria era el vaho infecto de la envidia y la ingratitud; y lo que tomaba por palmas de triunfo, los brazos de la cruz dolorosa en que debía ser ajusticiado por los mismos que acababan de deberle la libertad!

Dos victorias llenaron de gloria a la Patria: las del 19 y 30 de Marzo. Esta última libró al Cibao del invasor: la primera no produjo frutos tan completos, y el enemigo continuó ocupando parte del sudoeste de la República. Duarte fue enviado a Baní (marzo 21) con un cuerpo de tropas escogido; pero ni en Sabana Buey, en donde estuvo a la cabeza de la vanguardia del Ejército del Sud, ni en el Cibao, adonde le ordenó la Junta pasar poco después, (junio 15) con el fin de ir preparando los medios de resistencia contra el elemento reaccionario que dominaba en los campamentos del Sud, logró que las cosas siguieran el curso que anhelaba su patriotismo. Sus rivales trabajaban sordamente por perderlo, y su suerte estaba decretada ya.

A principios del mes de julio (el 3) ocurrió en Azua el primer acto de insubordinación del ejército dominicano. La Junta Central Gubernativa había nombrado, desde meses antes, al General Francisco del Rosario Sánchez Jefe auxiliar del General Santana en el Ejército del Sud, y mientras el General Sánchez iba a tomar posesión de su destino, dispuso en 23 de junio que el Coronel don José Esteban Roca fuese a hacerse cargo provisionalmente del mando de dicho Ejército, en reemplazo del General Santana, a quien se permitía venir a esta Capital a curarse de sus dolencias. El Ejército, instigado por los amigos del General Santana se negó a reconocer el nombramiento de la Junta, y conservó a su cabeza a su primer Jefe. La impunidad de este hecho hería de muerte al Poder supremo de la República. El verdadero gobierno era el que hacía su voluntad: el ejército.

El 13 de julio, Santana, el vencedor de Azua, fue proclamado Jefe Supremo por las tropas que tenía bajo su mando. El Ejército del Sud había levantado sus tiendas de campaña en las fronteras, para venir a derrocar el Gobierno que había tenido hasta entonces la República: la Junta

Central Gubernativa. Se había entrado de lleno en la vía funesta de los pronunciamientos contra las autoridades legítimas. La fuerza se sustituía al derecho; el soldado al ciudadano. Para volver al camino de la legalidad, único que debe trillar la democracia, había que malgastar muchos esfuerzos, derramar mucha sangre, sacrificarse muchos ciudadanos.

Otra Junta Central, presidida por el Jefe Supremo, y en la cual predominaban los elementos antidualistas, vino a ocupar el puesto de la antigua. Los reaccionarios, que de un héroe y un patriota habían hecho un simple Jefe Supremo, se sentían aún dominados por la fuerza de los hechos realizados meses antes. Todavía eran un “puñado de patriotas los que el 27 de Febrero habían dado el grito de Separación”. Santana, en su proclama del 14 de julio, condena la misma dictadura que acepta, y no cesa de clamar por la unión y la paz, teniendo él bajo su mando la República. Su alocución termina con estas palabras: “Os lo juro, y hasta el último instante de mi vida no me cansaré de gritaros: amigos, hermanos: indulgencia, paz, unión”.

El General Ramón Mella, Comandante en Jefe de los Departamentos del Cibao, y militar inteligente que veía claro a través de las ficciones, trató de contrarrestar los planes liberticidas que produjeron el atentado del 13 de julio, y de los cuales tenía pleno conocimiento la Junta, con la proclamación de Duarte para Presidente provisional de la República. La Historia, que ha condenado la insubordinación de principios de julio y el atentado del 13 del mismo mes, puede culpar en la forma el acto del 14 de julio; pero no tienen ese derecho los que sustituyeron un gobierno legítimo por otro nacido entre las vocerías de soldados ignorantes. Si el ejército vencedor el 19 de marzo tenía derecho para elegir un Jefe Supremo, un Dictador, ¿por qué no iba a tenerlo también el ejército vencedor el 30 de marzo? Si las poblaciones del Sudoeste de la República elegían, o se decía que elegían, un Jefe Supremo ¿por qué no iban a poder elegir un Presidente provisional las poblaciones del Cibao,

más numerosas aún? Herida de muerte la legalidad, sólo quedaba en pie la fuerza, expresada por los tumultos, o por los pronunciamientos de los más audaces y de los más tímidos.

El 10. de agosto, el "Ejército libertador de Sud" pidió al Jefe Supremo y a los demás miembros de la nueva Junta Central: "justicia contra los asesinos de la Patria, contra el puñado de facciosos, que deseando saciar su ambición, conspiraban contra la Patria, tratando de destruir el Ejército y su valiente Jefe; cambiar el pabellón nacional por uno de los de la República de Colombia, y encender la guerra civil, propagando por todos los pueblos que el país había sido vendido a una nación extranjera, con el fin de restablecer la esclavitud. Contra esos reos de lesa nación se pedía al Gobierno no prestara oídos a ninguna consideración personal, y se les aplicaran las penas que merecían para escarmiento de los que sólo se alimentan del desorden público". El 3 del mismo mes, sesenta y ocho padres de familia de la Capital peticionaban igualmente a la misma autoridad, manifestando: "que por los crímenes notorios de los antedichos reos de lesa nación, era de absoluta necesidad expatriarlos del país, más bien que pasar por la pena de verlos ejecutar y condenar a muerte, medida de sus crímenes y a la que se habían hecho acreedores". Los motivos de este rigor eran poco más o menos los mismos alegados por el ejército. A través de la dureza de frases de este documento se nota cierta conmiseración que causa extrañeza. La historia sabe hoy que un grupo de ingratos ciudadanos circularon una solicitud, pidiendo la pena de muerte contra todas las víctimas del atentado del 13 de julio, y que la solicitud de los sesenta y ocho padres de familia fue una tentativa de salvación que hacían en favor de los supuestos reos, tratando de obtener la "indulgencia" que tanto se les había recomendado en la proclama del 14 de julio.

¿Y quiénes eran esos asesinos de la Patria, esos reos de lesa nación, ese puñado de facciosos, esos enemigos de la

nacionalidad dominicana, de su bandera, de su ejército, de su jefe? Eran Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella, Juan Isidro Pérez, Pedro Pina... eran los fundadores de la República; los que durante muchos años habían hecho sacrificios de todo género para librar al país de la dominación haitiana; los que habían saludado con vítores y disparos el primer despliegue de la bandera cruzada; los que se habían negado constantemente a pedir el apoyo extranjero, temerosos de comprometer el suelo de la Patria; los que sacrificando su patrimonio habían dado armas a ese ejército y libertad a ese grupo de sanguinarios ciudadanos para que ahora se sirviesen de una y otras para infamarlos, para destruirlos. Cinco meses antes eran "Libertadores de la Patria"; aún no hacía veinte días, un "puñado de patriotas"; y ahora, sin haber faltado a ley alguna, enemigos de la nacionalidad, reos de lesa nación, criminales dignos de muerte.

Y lo peor de todo fue que los miembros de la Junta Central, entre los cuales se hallaban los verdaderos acusadores, se convirtieron en jueces, y sin oír a los presuntos reos, sin permitirles la defensa, sin concederles siquiera el consuelo de recusar a los que eran autoridad ejecutiva, pero no judicial, pronunciaron el 22 de agosto sentencia definitiva e inapelable, basada solamente en los cargos de la acusación y en la notoriedad de los hechos. Por ella se declaraban degradados y traidores e infieles a la Patria a los que la acababan de fundar, desterrados a perpetuidad del país a los que habían libertado meses antes ese mismo país del yugo ominoso de Haití, y como si se tratara de malhechores fuera de la ley, se daba poder a cualquiera autoridad civil o militar para aplicarles la pena de muerte si intentaban volver a poner el pie en el territorio de la República, independizado por ellos. Y todo esto ¿por qué? Por atribuírseles lo mismo que acababa de realizar en julio Santana, Presidente de la Junta condenadora. Por intentar apoderarse del poder supremo, y desobedecer y destruir el Gobierno legítimo del país. La consumación del

hecho era en Santana un acto de patriotismo, salvador de la nacionalidad; la tentativa no justificada de los otros, crimen de lesa nación, digno de cien muertes. “ ¡Vae victis! ”

Duarte pudo defenderse de sus enemigos; mas para ello era preciso encender la guerra civil, y no fue para llegar a extremo tan deplorable, que él y sus beneméritos compañeros habían hecho sacrificios de todo género en los años empleados combatiendo la dominación haitiana. Para la Patria habían trabajado; no para ellos, y la Patria podía perderse del todo si se desunían los dominicanos. La historia dirá a su tiempo si obraron bien o mal desaprovechando la oportunidad de combatir la nueva tiranía que se entronizaba en el país; pero en cualquier caso no podrá menos de reconocer en sus actos desinterés y abnegación. Entregaron los brazos a las cuerdas de sus enemigos, y las cárceles dominicanas, en vez de criminales, guardaron Libertadores.

La sentencia de expatriación se cumplió cruelmente. Unos tras otros tomaron el penoso camino del destierro los próceres más notables de la Independencia, y aun varias de sus familias. El 10 de setiembre, día de iniquidad, que la Providencia hizo más tarde día de reparación, salió para siempre Duarte de la ciudad que le vio nacer. ¡Qué pensamientos embargarían su mente al pasar por el mismo camino que, por idéntica injusticia, había recorrido trescientos cuarenta y cuatro años antes el Descubridor del Nuevo Mundo! Mas a Colón le esperaban al fin de la jornada las lágrimas y las bondades de la grande Isabel, en tanto que el patricio dominicano sólo iba a recibir el helado abrazo del invierno, en la inhospitalaria tierra escogida para su tumba por el frío cálculo de sus crueles enemigos.

Años después se preguntaban los amigos de Duarte cuál había sido la suerte de este insigne y desgraciado dominicano. ¿Vivía aún? Abrumado por la iniquidad de sus contrarios, ¿había descendido al sepulcro? Nadie lo sabía. Al regresar de Europa hundiéndose en las soledades del interior de Venezuela, y se ignoraba si había sido la presa de las fieras, o víctima de las inundaciones o las enfermedades.

Cuando el error del 61 dio por pedestal de gloria a Sánchez las ruinas de la nacionalidad dominicana, los patriotas lloraron a la vez la suerte infausta de los dos héroes más notables de la Separación: el que acababa de caer, destrozado el cráneo por las balas enemigas, pero libre e independiente, y aquel para quien la nacionalidad había sido solamente una aparición; pero aparición absorbente, implacable, que le había arrebatado juventud, riquezas, amigos, hogar, familia, reputación y hasta la vida misma, sin siquiera concederle lo que la caridad no niega ni aun al náufrago que la tempestad arroja a playas extranjeras: tumba humilde en el suelo de la Patria, que es jirón de paraíso para el anhelo del desterrado.

A principios del 62 (abril 10) Duarte, a quien las luchas de la Federación venezolana redujeron a la miseria, supo en las soledades del Apure que la Patria era otra vez esclava, y que Sánchez se había inmortalizado defendiendo la bandera de Febrero. Juró de nuevo morir o salvar la nacionalidad y desde ese instante comenzó a hacer esfuerzos para combatir la dominación extranjera. Poco después, el grito de Capotillo, resonando placentero en toda la América latina, le llenó de gozo, haciéndole saber que un puñado de héroes batallaba por redimir la Patria, que tan cara le había sido. No consultó sus fuerzas ipor cierto bien escasas ya! : consultó sólo su patriotismo, y aquel ser, todo Patria, se juzgó obligado a acompañar a los nobles campeones de la libertad. El Cibao volvió a recibir en su seno al Iniciador de la Independencia, y todos los patriotas consideraron aquella resurrección como un augurio feliz para la causa que defendían. Duarte, a su vez, se sintió enorgullecido con los grandes hechos de sus compatriotas. En Moca algunos valientes habían perecido (mayo 19 del 61) por restaurar la recién perdida nacionalidad. (José Contreras, José María Rodríguez, Inocencio Reyes, Gregorio Geraldino, Benedicto de los Reyes, Estanislao García, José Gabriel Núñez, Félix Campuzano, José García, Manuel Altagracia y Cornelio Lisardo). Sánchez y sus compañeros se habían inmortalizado

en el cadalso de San Juan, (julio 4 del 61). Perdomo, Batista, Pichardo, la Cruz, Pierre, Lora y Espaillat habían caído a orillas del Yaque, soñando con la Patria libre y prediciendo su restauración. Y Capotillo había sido luz y protesta; y la viril Santiago, cubierta de llamas, monumento eterno de decisión y patriotismo, orgullo aun de los mismos contrarios del momento, que comprobaban que su raza no había degenerado en la española.

Duarte permaneció corto tiempo en el Cibao, porque el Gobierno revolucionario estimó conveniente utilizar sus servicios en Venezuela. Obediente siempre a la autoridad legítima, salió del país para no volver a su seno jamás. Los partidos personales comenzaban a luchar por el mando, y Duarte, que había jurado no desenvainar su espada en contiendas civiles, esperó en Caracas que la Patria, libre otra vez, tuviera un gobierno nacional estable, que le permitiese ir a morir en paz en la tierra de sus progenitores.

Las noticias propaladas por algunos periódicos de que Santo Domingo se anexaba a los Estados Unidos de América, excitaron el patriotismo de Duarte, que en comunicación del 7 de marzo de 1865, decía al Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de la Revolución dominicana:

“Mucho se habla en Europa y América sobre el abandono de la isla de Santo Domingo por parte de la España; y de que se trata de una nueva anexión a los Estados Unidos... Otros suponen la existencia de un partido haitiano, y aun hay quien hable de uno afrancesado: de aquí proviene acaso que los periódicos extranjeros, que en realidad no están muy al cabo de nuestras cosas, afirmen, sin ser cierto, que en Santo Domingo hay cuatro o más partidos, y que el pueblo se halla, como si dijéramos, en batalla.

Esto es falso de toda falsedad. En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley,

contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos, adueñarse de la situación, y hacer aparecer al pueblo dominicano de un modo distinto de como es en realidad. Esa fracción, o mejor dicho, esa facción ha sido, es y será siempre todo, menos dominicana. Así se la ve en nuestra historia representante de todo partido antinacional, y enemiga nata por tanto de nuestras revoluciones; y si no, véanseles “ministeriales”, en tiempo de Boyer, y luego “rivieristas”, y aún no había sido el Veinte y siete de Febrero, cuando se les vio “proteccionistas franceses”, y más tarde “anexionistas americanos”, y después “españoles”, y hoy mismo ya pretenden ponerse al abrigo de la vindicta pública con otra nueva anexión, mintiendo así a todas las naciones la fe política que no tienen, y esto, en nombre de la Patria, ellos que no tienen ni merecen otra Patria, sino el fango de su miserable abyección.

Ahora bien, si me pronuncié dominicano independiente desde el 16 de julio de 1838, cuando los nombres de Patria, Libertad, Honor nacional se hallaban proscriptos, como palabras infames, y por ello merecí en el año de 43 ser perseguido a muerte por esa facción, entonces haitiana, y por Riviere, que la protegía, y a quien engañaron; si después, en el año de 44, me pronuncié contra el protectorado francés, deseado por esos facciosos, y cesión a esta Potencia de la Península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mí han llovido; si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria, a protestar con las armas en la mano, contra la Anexión a España, llevada a cabo, a despecho del voto nacional, por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar, y conmigo todo buen dominicano, cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra

independencia nacional, y cercenar nuestro territorio, o cualquiera de los derechos del pueblo dominicano.

Otrosí, y concluyo. Visto el sesgo que por una parte toma la política franco—española, y por otra la angloamericana, y por otra la importancia que en sí posee nuestra Isla para el desarrollo de los planes ulteriores de todas cuatro Potencias, no deberemos extrañar que un día se vean en ella fuerzas de cada una de ellas peleando por lo que no es suyo.

Entonces podrá haber necios que, por imprevisión o cobardía, ambición o perversidad, correrán a ocultar su ignominia a la sombra de esta o aquella extraña bandera; y como llegado el caso no habrá un solo dominicano que pueda decir: yo soy neutral, sino tendrá cada uno que pronunciarse contra o por la Patria, es bien que yo os diga desde ahora, mas que sea repitiéndome: que por desesperada que sea la causa de mi Patria, siempre será la causa del honor, y que siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre”.

Once años estuvo Duarte en espera de mejores tiempos en su país; años interminables, de angustias infinitas, de dolores profundos. La miseria y las enfermedades se le vinieron encima, como precursoras de la muerte, y la Patria entretanto se desgarraba las entrañas, como poseída por vértigo infernal. Los héroes de la Restauración, que habían escapado de los cadalsos, vagaban en su mayoría por el extranjero, o perecían en las fronteras, esgrimiendo unos contra otros armas que la inmortalidad había marcado ya. La independencia se veía al borde del abismo, y una bandera extraña flotaba amenazante en un extremo del territorio, codiciado desde antiguo. ¡Años terribles para corazón tan dominicano! ¡Ah, si hubiera podido olvidar a esa Patria ingrata, que no tenía para él, su fundador y su víctima, ni un recuerdo, ni una mirada cariñosa! pero, “el día que la olvide será el último de mi vida”, decía a los que le daban tal consejo, viendo con pesar intenso ese nuevo suplicio, no descrito por el Dante, porque el poeta

vengador no inventó castigos para los inocentes, sino para los criminales. Y negándose al fin Duarte el consuelo amargo de estar en comunicación con su país, aunque fuera para compartir sus acerbos dolores, se negó, por su desgracia, la única alegría que pudo tener en ese triste período de su vida: la de saber que el Jefe de su Patria había vuelto al fin los ojos hacia él, y le proporcionaba los recursos necesarios para ir a morir en el suelo que le debía su redención.

El año de 1876 le encontró en su interminable destierro, y el mes de julio, tan fecundo para él en acontecimientos prósperos y adversos, le vio tendido en su lecho de muerte (el 15). Dios no le concedía el beneficio, tantas veces pedido, de morir en tierra dominicana. ¿Y por qué? ¿Era tan gran delito haber fundado una nacionalidad independiente? Podía haber sido feliz, y desdeñó la felicidad, si no la gozaba en el suelo bendito de la Patria libre. Por ésta había sacrificado sus riquezas, la tranquilidad de sus padres, la dicha de sus hermanos, el amor de su juventud, el natural deseo de verse reproducido en sus hijos. Y todo ¿para qué? Su madre reposaba en tierra extraña; sus hermanas, agobiadas por las penas y una ancianidad anticipada, quedaban en la miseria y sin amparo; su hermano, enloquecido por los pesares, podía ser más tarde el ludibrio de los necios, entregando a la befa de los indiscretos un apellido que tanto había tratado de honrar; sus amigos, los compañeros de su obra, como maldecidos por Dios, habían dejado en la senda dolorosa, donde el menor de los males era el destierro, unos su razón, otros la vida en los patíbulos, todos su dicha y el porvenir de sus familias; y él, agonizante en pobre y solitario lecho, descendería a la tumba el 16 de julio! sin llevar el consuelo de dormir el sueño eterno en la tierra de su afecto; sin dejar siquiera a sus desgraciadas hermanas con qué pagar la humilde cruz de su sepultura, ni el escaso alimento que consumía en sus postreros días. Tanto castigo ¿por qué? ¿No había cumplido con su deber, más que con su deber? Los perversos habían tenido Patria, riquezas,

honos, triunfos, y él, inocente, abnegado hasta el sacrificio, sólo había recogido calumnias, olvido, miseria, proscripción eterna. ¿Era equitativa tal repartición? ... ¡Ah! , es de creerse que el ángel de la muerte no cerraría los ojos del noble anciano, sin que antes cayera de lo alto una gota de consuelo sobre aquel corazón adolorido. Un rayo de amor y justicia iluminaría intensamente la triste mansión del dolor, y el grande espíritu del patriota, libre de la misérrima cubierta terrenal, y confortado por visión sublime y placentera, traspasaría gozoso los umbrales de la eternidad, tan temibles para el que trilló impenitente las sendas de la perdición. Debíó ver iluminada la inmensidad tenebrosa que el tiempo aclara paso a paso, y los hechos futuros presentes ante él, como si estuvieran reflejados en un espejo purísimo. Donde un día dominó la bandera de Occidente, ondeaba bandera respetada, señora de los mares que bañan la extensa abra entre las dos Américas, unidas por un puente de granito. Seis naciones ligadas por un pacto de justicia constituían la "confederación colombiana". Vio que la libertad, el trabajo y la moralidad habían asentado su planta en aquellos pueblos hermanaos, y que cada día se daba un paso más hacia el verdadero progreso. Vio que sus campos estaban bien cultivados; sus artes y ciencias adelantadas; sus industrias florecientes. No vio siervos ni dueños: vio ciudadanos esclavos de la ley, y la ley reflejo del derecho. Vio la paz reinando en todas partes, y los pueblos que antes dominaban esas regiones, hermanados con los naturales, como si la Confederación fuese la obra de todos, llevada a cabo por los consejos de una sabia política. Y en un punto del espacio, que su corazón le dijo era la Patria, pero que sus ojos desconocían por completo, vio inmensa muchedumbre, que alrededor de imponente estatua, glorificaba una fecha y bendecía un hombre. Y esa fecha era la inmortal del 27 de Febrero, y ese nombre era el suyo. Y con el suyo se glorificaban también los nombres de Sánchez, Mella, Imbert, Duvergé, y de todos los patriotas que habían fundado la República Dominicana. Y esa

glorificación era igual en Cuba como en Puerto Rico, en Jamaica como en Martinica y Guadalupe, y hasta en el mismo Haití, que había sacudido ya el pesado fardo de su exclusivismo de razas. Y entonces comprendió que la obra de sus sacrificios no había sido infructuosa, ya que era el punto de partida de aquel glorioso y fecundo porvenir; que el bien humano se cimenta en el dolor, y que es tan grande el poder del mal en la tierra, por la perversidad, egoísmo, ignorancia y falta de unión de los hombres, que no hay redentor que no cargue pesada cruz, ni deje de beber acíbar hasta su postrer hora en el Calvario. El tiempo es el que convierte las penalidades del héroe en rayos de gloria, porque desapareciendo los perversos que lo combatían por intereses pasajeros, los buenos de las generaciones que se suceden, van rindiendo tributo al mérito, y un día esos homenajes se convierten en corona de triunfo o en apoteosis inmortal.

La transformación de los hechos actuales en los vistos con tanta claridad por el patriota mártir, está aún en las profundidades de los tiempos, y sólo es realidad para el ojo de Dios; pero no así la glorificación de su persona y de su fecunda labor. En agosto de 1879 (19 y 30) el Ayuntamiento de Santo Domingo, a propuesta del regidor Domingo Rodríguez Montaña, inicio el proyecto de depositar las cenizas de Duarte en una de las capillas de la Catedral; y el 27 de febrero de 1884 presenció ese acto de justicia, que con entusiasmo indescriptible llevaron a cabo el Gobierno, el Municipio y los habitantes de la Capital. Ahora el mismo Ayuntamiento se propone realizar otra obra de gratitud y de estímulo: la erección de una estatua de bronce, que represente al ilustre patricio, y que será colocada en la plaza de su nombre, teatro de su primer triunfo en 1843 contra el partido que sostenía la opresión. Obra eminentemente nacional, la apoyan y sostienen treinta y cinco Municipios; treinta Juntas; diez y ocho periódicos, y un sinnúmero de ciudadanos, conscientes de su deber, esparcidos en toda la República y en el extranjero. Para este

acto de reparación es que la Junta Central Erectora, compuesta por los infrascritos, (*) y en nombre del Ayuntamiento de Santo Domingo, tiene la honra de pedir al Honorable Congreso Nacional, el permiso de ley para erigir la estatua en el sitio expresado, y el óbolo con que la nación debe contribuir a obra tan justiciera y patriótica.

Sería tarea del todo innecesaria demostrar al Congreso la justicia y conveniencia de la erección de una estatua al eximio prócer Juan Pablo Duarte. Basta ser dominicano para sentir lo merecido del homenaje, y aun no siéndolo, sólo se necesita echar una ojeada a lo que era Santo Domingo antes de la Independencia, y a lo que es hoy, para quedar convencido de la importancia de la obra realizada por Duarte, Sánchez, Mella, Jiménez y demás compañeros de gloria, y de que no se equivocaron al creer radicado el bienestar de su Patria con la Separación de Haití. Los contemporáneos del Iniciador de la idea redentora estimaban ya en su justo valor la importancia capital que ésta tenía, y el gran mérito de Duarte por haberla concebido y realizado. El Ilustrísimo Señor Portes llamaba a Duarte, "Padre de la Patria". Igual título le discernía el trinitario José María Serra. Félix María Ruiz, trinitario también, llamó a la República Dominicana: "La obra magna, la sin igual labor, el sublime engendro del desgraciado Juan Pablo Duarte y de sus fieles compañeros mártires", declarando igualmente que "la gloria de la Separación de Haití correspondía con sobrada justicia a Duarte y a Sánchez". El ilustre Ramón Mella, llevado de su entusiasmo, quiso hacer a Duarte el primer Presidente de la República. Pedro Alejandro Pina, uno de los más activos trinitarios, decía en 1860: "Algo hay de providencial en el hecho de saberse del hombre, Fundador de la República, que todos creían muerto... en circunstancias en que la Patria está a pique de perderse". Juan Isidro Pérez, el fogoso y desgraciado trinitario, decía al mismo Duarte, en 25 de

(*) Componían la Junta, además de Tejera, Félix María Del Monte, Fernando A. de Meriño, José María Pichardo, Manuel Pina y Benítez, Dr. F. Henríquez y Carvajal, Apolinar Tejera, Federico Henríquez y Carvajal, Eugenio de Marchena, Heriberto de Castro, José Gabriel García y Félix E. Mejía.

diciembre de 1845: “Sí, Juan Pablo, la historia dirá: que fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la Patria; que conspiraste a la par de sus padres, por la perfección moral de toda ella. La historia dirá: que fuiste el Apóstol de la libertad e Independencia de tu Patria; ella dirá: que no le trazaste a tus compatriotas el ejemplo de abyección e ignominia que le dieran los que te expulsaron, cual otro Arístides; y en fin, Juan Pablo, ella dirá: que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa que con una honradez a toda prueba, se opuso a la enajenación de la Península de Samaná, cuando tus enemigos, por cobardía, abyección e infamia, querían sacrificar el bien de la Patria por su interés particular. La oposición a la enajenación de la Península de Samaná es el servicio más importante que se ha prestado al país y a la revolución. Vive, Juan Pablo, y gloríate en tu ostracismo, y que se gloríe tu santa madre y toda tu honorable familia”.

Y los oficiales del Ejército de Santo Domingo, Juan Alejandro Acosta, Eusebio Puello, Jacinto de la Concha, Pedro Valverde, Eugenio Aguiar, Pedro Aguiar, Marcos Rojas, José Parahoy, Ventura Gneco, Juan Eraso, Pablo García, Juan Bautista Alfonseca, y muchos otros más, decían en 31 de mayo de 1844, al solicitar para Puello (Joaquín), el grado de General de Brigada, y para Villanueva, Mella, Sánchez y Duarte, el de General de División, con más, para este último, el título de Comandante en Jefe del Ejército: “que había sido (Duarte) el hombre que desde muchos años estaba constantemente consagrado al bien de la Patria, y por medio de sociedades adquiriendo prosélitos, y públicamente regando la semilla de Separación; que había sido quien más había contribuido a formar el espíritu de libertad e independencia en el suelo dominicano, sufriendo mucho por la Patria, y que su nombre fue invocado inmediatamente después de los nombres Dios, Patria y Libertad, y considerándolo siempre como el Caudillo de la Revolución”, no obstante no haber asistido a la jornada del 27 de Febrero por estar expulso

del país, a causâ de haber sido más encarnizada la persecución contra él”.

Aquí terminaría la Junta su larga Exposición, si no se hubiera lanzado al público, por personas caracterizadas, la idea de levantar un solo monumento en honra de los héroes de la Independencia, en vez de varios, como ha sido el propósito del Ayuntamiento de Santo Domingo, y si a la vez no se hubieran designado a Duarte, Sánchez, y Mella como los próceres que en él debían figurar, en representación de los demás. La Junta se complace en reconocer la sana intención de los autores del proyecto; pero supone que no han sido bien apreciadas por ellos las dificultades, y aun la injusticia, que su realización entrañaría.

La Independencia dominicana, por causas que todos conocen, se divide, en cuanto a los actores principales de ella, en tres períodos distintos: el período de “preparación o fundación”, que comprende desde el 34 hasta comienzos del 44; el período de “proclamación”, del 26 de febrero a mediados de marzo del mismo año; y el período de “sostenimiento o consolidación” que puede extenderse hasta el año de 1849. En el primer período la figura predominante es Duarte, que concibió la idea de Independencia y preparó los medios para llevarla a cabo; en el segundo, lo son Sánchez y Mella, que en unión de muchos otros patriotas distinguidos, dieron el grito de Separación en el Fuerte del Conde, el acto más importante de ese período; en el tercero, lo son Imbert, Duvergé, Salcedo, los Puellos, y sobre todo Santana, héroe de la primer batalla librada contra Haití, y Director de las operaciones militares en todo ese tiempo. Representar la Independencia en un grupo compuesto solamente de Duarte, Sánchez y Mella sería una representación incompleta, y por tanto injusta; porque se excluirían a otros héroes que tienen perfecto derecho a figurar como actores en esa grande epopeya nacional. Y representarlos a todos en un grupo, sería a más de antiestético, monstruoso o injusto;

monstruoso, si se comprende en el grupo a Santana; e injusto, si se le excluye, porque la Patria le debe grandes y valiosos servicios en los primeros tiempos de su existencia. Esa verdad incompleta no sería verdad; y el monumento, en vez de enseñanza y galardón, sería para muchos venganza e injusticia.

Además ¿cómo podría lograrse en un grupo la representación exacta del “acto”, del “momento” histórico en que cada héroe culminó en sus servicios a la Patria? O la obra carecería de unidad, o le faltaría la representación verdadera del “instante supremo”, que en toda obra escultural, digna de este nombre, debe tratar de expresarse, para que impresione por su verdad y exactitud.

No es tampoco conveniente que sea sólo el recinto de la Capital el que dé asilo a las estatuas de nuestros grandes hombres. Bien está que el glorioso hecho del “Conde” se perpetúe en un monumento en la ciudad Capital, porque aquí ocurrió el acontecimiento que se intenta conmemorar; pero ¿por qué ha de hacerse lo mismo con las proezas llevadas a glorioso término por Imbert, Salcedo, Duvergé, los Puellos...? En otros puntos inmortalizaron ellos sus nombres; que en otros puntos los inmortalice el mármol o el bronce.

Por todo esto, la Junta ha encontrado digno y conveniente el pensamiento del Ayuntamiento de Santo Domingo, de erigir una estatua especial a cada uno de los principales héroes de la Independencia. Así podrá representáseles en el “instante histórico” que se quiera perpetuar, y en el sitio que se conceptúe más a propósito. Duarte estará bien en la plaza de su nombre, teatro de su primer triunfo contra la opresión; Sánchez y Mella, en el “baluarte del Conde”, pedestal digno de su gloria; Imbert, en la plaza principal de Santiago, en donde resonaron los vítores del memorable “30 de Marzo”; Duvergé, en la de Azua, noble tierra que sembró de victorias; Salcedo en la de Moca, cuna de uno de los más arrojados campeones de la Independencia...; y si más tarde la posteridad decide que los

méritos del héroe de Azua y de las Carreras son mayores que sus grandes y graves faltas, podrá erigírsele una estatua en el punto más a propósito, para que resalten unos y se olviden las otras.

Al glorificar a Duarte se glorifica más que al hombre a la idea que aquél representa. Desde los comienzos de la civilización han existido dos agrupaciones, grandes o pequeñas cada una de ellas, según se las mida por el patrón del número o de la calidad: la de los que adoran la fuerza, y la de los que son servidores o apóstoles del derecho. Al través de los siglos se ven las huellas de sus pasos, variables, como es variable todo lo humano, pues no hay dos hombres que sean iguales ni en formas, ni en ideas, ni en tendencias de ninguna clase. Los pueblos, ignorantes en su mayoría, deslumbrados unas veces por el resplandor de la brillante gloria de los conquistadores, y otras, enloquecidos por el espíritu bestial de dominio, resto del salvajismo del hombre primitivo, del hombre—bestia, han endiosado a menudo a los representantes de la fuerza, y para los del derecho sólo han tenido de ordinario desprecios, proscripciones y cadalsos. Pero como en el mundo moral todo tiene un alma, un espíritu que vivifica, cuando el alma de las sociedades ha sido el derecho, en ese tiempo el hombre, como merecido galardón de su obediencia a la ley de su organización superior, ha gozado de los beneficios de un sólido progreso, y ha obtenido cuanta felicidad es compatible con su estado de imperfección; cuando el alma social ha sido la fuerza, con exclusión más o menos completa del derecho, los deslumbramientos y los falsos esplendores no han faltado; pero tampoco han faltado a la postre las palabras misteriosas que en el seno de la orgía amedrentaron al rey asirio, ni el galopar de los caballos de los bárbaros, derribando como juguete carcomido el colosal imperio de Roma, ni el triste despertar de Sedán, tan doloroso como fecundo para la noble nación francesa.

Duarte no ha sido el héroe de los combates, ni el representante de la fuerza en ninguna de de sus

manifestaciones: fue un apóstol del derecho; fue de la escuela de Sócrates, de Bruto, de Catón, de las Casas, de Washington, de Lincoln, de Juárez... de todos los adalides antiguos y modernos de la justicia y de la libertad. Su ideal fue el derecho, y se esforzó en inculcárselo a sus conciudadanos, y en dárselo como espíritu vivificador a la Patria que contribuyó a fundar. Ese espíritu fue el que venció el 27 de Febrero; el que impulsó a los mártires de Moca y de Santiago; el que dio aliento poderoso a Sánchez y sus patriotas compañeros, para preferir el martirio con gloria a la vida con ignominia; el que animó a los viriles campeones del glorioso 16 de agosto a lanzar a los vientos, con demencia heroica, la enseña que parecía abatida para siempre. Ese espíritu vive aún en el corazón de los dominicanos, a despecho de pasajeros eclipses, y será el que un día lleve a la Patria al puesto que debe ocupar en el mundo colombiano.

Medio siglo cumple hoy la República Dominicana. Ya es tiempo de que los héroes de la Independencia sean honrados como lo merecen sus grandes hechos. De la Patria nada o casi nada han recibido. Muchos de ellos han muerto en el destierro, forzado o impuesto por las circunstancias, y ni aun tumba tienen en la tierra que redimieron. Al glorificarlos, quien se enaltece en realidad es la República; porque ellos, en la lobreguez del sepulcro, no sentirán conmovidos sus huesos, ni por los elogios tardíos que se les prodiguen, ni aun por el desconocimiento de sus grandes méritos, si existieran todavía almas ingratas que tal hicieran. Pero la Patria sí se engrandece al perpetuar el recuerdo de sus acciones; porque tuvo hijos de espíritu elevado, de abnegación ilimitada, que por su bienestar y progreso no vacilaron en sacrificar su fortuna, su familia, su porvenir, su vida misma. Tesoro son de la Patria tales héroes, y enseñanza perpetua de las generaciones venideras. Pero no son las estatuas ni los mausoleos lo que a ellos puede complacerles: es el sentimiento de gratitud y justicia que hace surgir esos monumentos. Y si algo puede conmover en

sus olvidadas tumbas a los héroes mártires que tuvo la Independencia, es ver a los hijos de sus perseguidores depositar una corona sobre su sepulcro, o contribuir con sus esfuerzos a la erección de monumentos que perpetúen su recuerdo. Tal homenaje, redentor y justiciero a un tiempo, demostraría que el reinado de la razón y de la justicia se había cimentado en la Patria de Febrero, y que en lo adelante seguiría ésta, imperturbable, hacia el hermoso destino que le tiene reservado la Providencia.